
CAPITULO XVI.

De cómo D. Pero Nuñez de Lara,
á pesar de todo su valor, fué acorralado como
un cordero.

El negro tenia en las manos una fuerte ballesta, que en el momento en que vió á D. Pero Nuñez armó, poniendo en ella un enorme virote.

Y no sabemos lo que de nuestro caballero hubiera sido á no haber impedido Giazul á Abdel disparase.

—¡Tú estás loca!—exclamó Abdel, que habia reconocido á D. Pero Nuñez de Lara;—ese hombre, que ya ha sido para tí la desgracia, será tambien para tí la perdicion de tu alma, tu desesperacion en la tierra, tu condenacion en la eternidad.

—¡Oh, no, no!—exclamó Giazul,—¡que viva, que viva, aunque perezca yo, aunque mi alma sea abrasada por el fuego voráz del infierno!

Hay que tener en cuenta que nadie es tan creyente ni de una manera tan exajerada y supersticiosa como un musulman.

No podia darse un amor más intenso, más desesperado, más fuera de toda comparacion, que el de Giazul por D. Pero Nuñez.

Ella hubiera llegado contenta hasta á los más horribles martirios de su cuerpo y de su alma si por ellos D. Pero Nuñez hubiera podido llegar á la felicidad.

Contenido el terrible negro por la influencia que en él Giazul ejercia, influencia tan poderosa como la que sobre Giazul tenia D. Pero Nuñez, éste pudo acercarse al pié de la peña sobre la cual estaban Giazul y Abdel.

Giazul sintió una atraccion poderosa.

Dejó de contener á Abdel, y se lanzó desde lo alto de la peña hasta llegar al sitio donde, no habiendo podido continuar á caballo D. Pero Nuñez, habia echado pié á tierra.

Giazul se arrojó, trasfigurada de amor, en sus brazos.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡sí, eres tú!—exclamó con una voz que el amor hacia sobrenatural;—¡cuánto

tiempo te he esperado y cuánto he sufrido, cuánto he anhelado, cuánto me he desesperado esperándote!

Abdel habia permanecido en lo alto de la peña.

Los cuatro escuderos de D. Pero Nuñez, que iban muy detrás de él, empezaron á aparecer.

Se dejó ver el primero entre una quebradura.

Abdel armó su ballesta, y no habiendo quien le contuviese, disparó sobre aquel hombre.

El dardo fué á dar en pleno semblante en aquel desventurado, y le echó muerto del caballo abajo.

Los dos amantes estaban tan ocupados de sí mismos, que no repararon en aquel terrible suceso.

D. Pero Nuñez veia á la luz de los relámpagos, que se sucedian sin interrupcion, como un poder sobrenatural y extraño hubiera querido alumbrar aquella escena, á Giazul, dominada por el amor, hermosísima, anhelante, voluptuosa, magnífica, incitante de una manera infinita.

Un cataclismo que todo lo hubiera derrumbado con un fragor monstruoso á su alrededor, no hubiera sido sentido por ellos.

Avanzó el segundo hombre.

El estrépito de la tempestad, la accidentacion del terreno, todo habia hecho no se apercibiese de la desgracia que habia acontecido á su compañero.

Una nueva jara tendió muerto al segundo escudero.

Le habia atravesado de parte á parte, á pesar de lo redoblado de su coselete.

Los dos amantes permanecian trasportados el uno en los brazos del otro.

D. Pero Nuñez habia olvidado completamente que iba al castillo de la Mujer Muerta á celebrar al fin las bodas con su esposa, con aquella hermosísima doña Elvira, con quien de una manera tan extraña le habia casado la reina doña Constanza.

Un tercer escudero sufrió la misma suerte.

Por último, cayó el cuarto, y Abdel Zinka esperó en vano á que apareciese el otro.

Los dos amantes, despues de las breves palabras de Giazul, habian permanecido en silencio.

Se unian en un estrecho y convulsivo abrazo.

Se veian de una manera fantástica á la luz de los relámpagos que se sucedian sin interrupcion.

Se sentían extasiados el uno por el otro.
De improviso, Abdel Zinka descendió de la roca.

Se había convencido de que había exterminado todo el acompañamiento de D. Pero Nuñez.

Pero podía sobrevenir gente del castillo.

Todas las noches salían de él rondas y vagaban por los alrededores, porque el alcaide Pero Cantueso de la Redondela, cuya insensata pasión por Giazul, que determinaba su locura, le hacía creer que aquella blanca fantasma que muchas noches aparecía, ya á la luz de la luna, ya á la de los relámpagos, ya destacándose de una manera vaga en las quebraduras sobre el fondo de la noche, era Giazul, ansioso de apoderarse de ella hacia salir sus gentes, y á veces él las conducía.

Pero aunque muchas veces veía á lo lejos la blanca fantasma, aunque se apresuraba para alcanzarle, siempre la fantasma se desvanecía como si hubiera sido una leve sombra ó humo que se deshacía en el viento.

Abdel llegó á los dos amantes que estaban estrechamente abrazados.

Asió á D. Pero Nuñez de Lara y le arrebató

con la misma facilidad con que un gavilán arrebató una paloma.

Eran monstruosas las fuerzas de Abdel, casi sobrenaturales.

D. Pero Nuñez, que por ser buen mozo era pesado, llevaba además un arnés pesadísimo.

Sin embargo, Abdel le arrebató de entre los brazos de Giazul, le hizo perder tierra, se le cargó sobre el hombro, y dió á correr con él con la misma facilidad que si solo hubiera conducido un maniquí de paja.

Giazul le seguía.

Giazul era también fuerte.

Se había acostumbrado á la fatiga forzosa que se siente cuando de continuo hay la necesidad de superar los obstáculos de la montaña.

Giazul adivinaba á su fiel, á su apasionado Abdel, á aquel extraño padre que su destino la había dado.

Él quería apartar de todo el mundo, y para ella sola, á D. Pero Nuñez.

En efecto, Abdel llevaba su prisionero hacía el profundo pozo.

En vano D. Pero Nuñez de Lara se debatía y golpeaba con sus fuertes manos armadas de los guanteletes la monstruosa giba del terrible enano.

Era como si hubiera golpeado sobre una masa de acero.

Abdel le sujetaba por la cintura sobre su hombro.

Y en vano también D. Pero Nuñez pretendía golpearle con las rodillas.

Estaba dominado, casi anulado y corría, Abdel, corría, ó más bien, se deslizaba por las ásperas quebraduras, y Giazul le seguía como si hubiera sido una sombra atraída y conducida por él.

Llegaron al fin, al pequeño resalte donde se abría la boca del pozo.

Abdel desapareció por el brocal con D. Pero Nuñez.

Giazul se quedó esperando en el borde alentando apenas, impaciente, delirante.

Pero su impaciencia terminó muy pronto.

A poco de haber desaparecido Abdel volvió á aparecer.

No se comprendía hubiese tenido tiempo para dejar en seguridad su presa.

Parecía más bien que ya dentro del pozo la había abandonado, dejándola calar al misterioso fondo.

La presteza con que Abdel había vuelto á aparecer, aterró á Giazul.

—¿Qué has hecho de él?—le dijo con la voz temblorosa, apenas perceptible, en la que se representaba un frío terror.

—¿Qué he de haber hecho de él, si tú le amas?—contestó Abdel.

Y asiendo blandamente á la hermosísima doncella, volvió á descender.

Llegó rápidamente á la entrada del pasaje subterráneo que ya conocemos.

A poco se dejó ver en aquel pasaje el reflejo de una luz.

Era la antorcha que había dejado encendida en aquel lugar Abdel.

Cerca de ella, de pié, armado, pero sin puñal, aparecía asombrado, dominado, en una situación de completo trastorno, por lo maravilloso que acababa de sucederle, D. Pero Nuñez.

Giazul se acercó.

Le asió una mano y le dijo:

—Nada temas, si alguien tiene aquí algo que temer, soy yo.

Y asiendo de la mano á D. Pero Nuñez, le condujo.

Abdel iba delante con la antorcha.

CAPITULO XVII.

Hasta dónde puede llegar por el amor el alma de una mujer.

Algunos minutos despues, Giazul y D. Pero Nuñez entraban en aquel bello gabinete árabe donde hemos encontrado á Giazul, cuando siguiendo á Abdel Zinka, hemos penetrado en el misterioso pozo.

Abdel no habia pasado de la puerta.

Cuando el tapiz de esta cayó, despues de haber entrado los dos amantes, Abdel puso la antorcha en una especie de candelero de madera y se echó junto á la puerta en el suelo, permaneciendo inmóvil, abstraído y al parecer impasible.

Los dos amantes estaban solos.

—Yo no te he olvidado un solo momento desde el dia en que te ví por la primera vez,—dijo Giazul, teniendo asidas las manos de D. Pero Nuñez y mirándole con ánsia, con idolatría, con una pasion hambrienta; desde aquel dia mi alma es tu alma; tú has vivido en ella; tú la has alentado; tú has sido su único deseo, su única felicidad. ¿Cómo tú, alma de mi alma, no has buscado á tu Giazul?

—Yo no te he olvidado tampoco,—dijo D. Pero Nuñez;—tú has sido mi único pensamiento en el real de mis señores, en el campo enemigo, ya enlanguideciendo de tristeza en el ócio, ya combatiendo á muerte con tus hermanos los moros; despierto viéndote delante de todo lo que ante mis ojos aparecia; dormido, soñando en tí, fingiéndome en tus brazos, experimentando una felicidad dolorosa, porque lo intenso de aquella felicidad me despertaba y veia que todo habia sido un sueño.

—¡Oh! ¡el amor es un sueño terrible!—exclamó Giazul.

—Pero dime, adorada mia,—exclamó D. Pero Nuñez,—tengo mis manos en tns manos, aspiro tu aliento, veo la agitacion de tu seno, me abraza el fuego de tu mirada, desfallezco de amor y no sé si eres un alma del otro mundo, si esto

es un nuevo sueño terrible, ó si eres una criatura viviente, un amor de la vida, una felicidad que no se desvanecerá al despertar.

—Ah! no, no!—exclamó Giazul,—yo he debido morir, si; yo he debido morir: hubo una noche, una noche de horror y de sangre en que ese terrible hombre que habita en el fuerte castillo en cuyos ignorados subterráneos nos encontramos, bajó de él con sus feroces soldados como bajan los lobos de la montaña, se lanzó sobre Alfagor, le acometió y le entró á sangre y fuego.

Yo habia sido gravemente herida.

Yo estaba en la mezquita, al pié del mirab, oprimiéndome la herida, procurando que con la sangre la vida no se me escapase, viendo ante mí una apiñada, una aterrada multitud de niñas, de mujeres y de ancianos.

La ira de Dios volaba en torno de nosotros.

Los castellanos sois crueles, muy crueles, á pesar de que creis en un Dios de paz y mansedumbre y de misericordia.

En nombre de ese Dios que escarneceis, lo llevais todo á sangre y fuego.

Sois como buitres voraces, que para matar vuestra presa la arrancais las entrañas.

Pero tú, no eres así.

No, tú no puedes ser así; porque si tú fueras

así, mi alma lo adivinaria, mi alma lo sentiria, yo no podria amarte.

Tú eres un bravo y gentil caballero.

Tú matas, pero matas noblemente, en el combate, frente á frente del enemigo armado y terrible.

Pero tú no te ensañas en las mujeres, en los niños, en los viejos.

Tú no te ensangrientas en el debíl y en él desvalido.

Y por eso te amo, porque eres valiente y generoso como el leon, y hermoso como un sueño de felicidad.

Pero no, no es así ese loco, ese feroz alcaide del castillo de la Mujer Muerta.

Y Giazul lanzó una carcajada extraña, una carcajada en que habia un no sé qué de sobrenatural.

—¡La Mujer Muerta!—exclamó sintiendo un insoportable escalofrio D. Pero Nuñez.

—Sí, sí; allá en los reales de mis señores se habla de una hermosa doncella muerta, de una alma en pena que vaga por la montaña en derredor del castillo de Alfagor.

Algunas veces aparece aún en las mismas cámaras, en sus adarves, en su poterna, en sus estrechas galerías.

El Cid D. Ruy Diaz de Vivar, ansioso de saber lo que en esto habia de verdadero, ha enviado hombres alentados para que registren la montaña, para que vean si era en efecto aquel un espectro ó un ser viviente.

Y aquellos hombres han vuelto aterrados, declarando que ellos estaban dispuestos siempre á embestir con las contrapuestas lanzas de millares de enemigos, pero que no se atrevian á ir contra una sola de las almas del otro mundo.

—Sí, alma del otro mundo me creen todos, porque me han visto vagando por la montaña entre las sombras de la noche, ya á la luz de la tempestad, ya bajo el rayo de la luna; alma del otro mundo me cree ese terrible loco; y no puede creer otra cosa, cuando él entró en la mezquita hollando míseras criaturas sin defensa, ensangrentando en ellas su terrible acero, cuando llegó al mirab, al adoratorio, donde yo estaba, de pie, luchando ya con la agonía, al verme, el acero se cayó de sus manos.

Sus rodillas se doblaron ante mí y yo no tuve tiempo más que para maldecirle.

Y caí exánime.

El me vió muerta, ó lo creyó á lo ménos.

Yo tambien al volver en mí en este mismo lugar de un profundísimo letargo, durante el cual

dejé de ser, porque yo nada recuerdo, me creí una muerta resucitada.

Hay momentos en que aún lo creo; Abdel, ese ser monstruoso, ese buen padre mio, que es un sábio médico, que conoce las virtudes más secretas de las yerbas que curan, me ha asegurado que sin él, sin su ciencia, sin su cuidado yo hubiera muerto, hubiera pasado el terrible puente Sirat (1) que nadie vuelve á pasar para entrar de nuevo en la vida. ¡Oh, no, no! yo no soy una alma en pena; yo siento la insoportable vida de la pasión en que por tí desfallezco: mi vida es poderosa é insoportable; mi vida es toda amor, y todo amor, para tí y toda por tí; martirio insoportable. Tú... anda vete, cruel: tú has amado á otra; tú la amas tal vez.

—¡Oh! ¡Perdóname, perdóname!— exclamó, D. Pero Nuñez;—pero ¿quién ha podido decirte?

—Un traidor, un cruel escrito que repetido han dejado acá y allá en la montaña y no en *aljamia* sino en buen árabe para que yo lo comprendiese bien, para que no pudiese dudar ¡Oh! ¡y que daño me han hecho! Me contaban que tú

(1) Este puente, según el Korán, es delgado como un cabello, y está tendido sobre un abismo, en cuyo fondo arde el fuego eterno: las almas de los justos le pasarán sin peligro alguno; pero los réprobos le romperán bajo el peso de sus pecados y caerán en el infierno.

te habian casado, que adorabas á la mujer á quien te habia unido, que vosotros los cristianos no érais como los musulmanes, que pueden tener muchas mujeres, no; vosotros no podeis tener más que una; vuestro buen Dios os lo prohíbe, vuestro buen Dios castiga al que parte su alma con más de una mujer; vuestro buen Dios es el Dios del amor. Pues ¿qué se puede tener espíritu más que para un solo amor? El que parte su alma con una mujer, y otra, y otra, es materia vil, podredumbre y cieno: él no busca el encanto y la felicidad del alma; él busca lo percedero, lo corrompido, lo nauseabundo: por eso vuestro buen Dios es el Dios que yo adoro.

—¡Tú, tú cristiana!—exclamó conmovido, arrebatado por un acrecimiento de amor, D. Pero Nuñes.

—Sí, sí, cristiana con toda mi alma; pero aún me falta el bautismo: Abdel no es sacerdote; Abdel ha podido instruirme en los misterios de la religion de vuestro buen Dios, que él, que es un sábio ¡Oh! ¡tú no sabes, tú, no sabes! ese impío escrito que me decia que tú me habias olvidado, que tú habias sacrificado mi alma al alma de otra mujer, que te habias unido á ella pronunciando votos que te impedían aún el po-

ner tu pensamiento en otra mujer, que enlazaban tu existencia á la suya durante la vida, me contaba tambien la historia de mi padre.

Me decia que mis padres habian sido dos tristes cristianos, cautivos en Toledo.

El era un gran caballero.

Ella una gran dama.

A ella la habia costado la vida, su amor, y por su amor mi padre habia perdido los ojos, la lengua, las manos; habia sido encerrado, cargado de hierros, en una lóbrega mazmorra en la cual le encontraron anciano ya, los reyes tus señores, cuando ganaron á Toledo.

Sentí en mí la voz de la sangre.

Lloré por aquellos desventurados padres míos.

Comprendí que las desgracias que amargaban mi vida, no eran otra cosa que la herencia de lágrimas que ellos me habian dejado, y pregunté al sábio Abdel qué delito habian cometido aquellos desventurados para que sobre ellos hubiese venido tal desolacion, tal martirio.

—¡Ser cristianos!—me contestó Abdel.—Los musulmanes consideran á los cristianos como bestias feroces, como criaturas malditas, y los aborrecen con toda su alma: no hay contra ellos crueldad que les parezca bastante.

—¿Y qué es ser cristiano?—le pregunté.

—Reconocer y adorar á un justo que se llama Jesus, y seguir su doctrina.

—¿Y quién es Jesus?—le pregunté.

—Un hombre que murió por la caridad.

—¿Qué es la caridad?

—El amor.

—¡Ah!—exclamé,—yo amo á ese justo que por el amor murió. Cuéntame su historia.

Y Abdel me contó la historia de Jesus.

Cuando yo la supe amé á Jesus, y cuando Abdel me enseñó la doctrina de Jesus le adoré á despecho de Abdel, que no quiere creer en la Trinidad, que llama justo y santo, y profeta á Jesus, pero que no le reconoce como Dios.

¡Ah! yo le he visto en sueños.

Yo le he visto con la faz hermosa, pálida y grave, abierto el costado y sangriento, horadados los piés y las manos.

Le he visto resplandeciente.

Y él me ha dicho con una voz más suave que el canto más armonioso:

—¡Bienaventurados los que lloran, porque de ellos es mi reino de los cielos! ¡bienaventurados los que viven en el Señor Dios padre mio, porque ellos tendrán la eterna felicidad!

Y yo creo.

Yo soy cristiana.

Yo aliento el amor de los cielos y el amor de la tierra, el amor entero, la vida y el alma, pero el amor de la virtud, el amor de la pureza, el amor que nada ennegrece.

¡Oh! Y por eso yo, yo que he nacido para tí, yo en cuyo ser Dios ha querido arda el amor de la criatura, yo no puedo juntarme en uno contigo, sin ofender al Señor mi Dios, mio y de mis padres y de mis abuelos; sin exponer mi alma á que por el peso de sus pecados el puente Sirat se rompa bajo ella cuando le pase.

¡Ah! Mis padres fueron mártires por el amor, y yo he recibido su herencia.

Yo tambien por el amor soy mártir.

Ellos murieron por el amor de la tierra, por el amor del corazon.

Y digo murieron, porque mi pobre padre, enviado por tu rey al castillo de la Mujer Muerta, es ménos que un cadáver, porque es un cadáver que piensa y sufre y que no puede quejarse, ni aun puede llorar.

¡Ah! Yo moriré como ellos, por el amor.

Dos corazones se deshicieron en lágrimas al pronunciar Giazul estas palabras.

D. Pero Nuñez, atragantado, sintiendo en su sér algo terrible, algo desconocido, no acertó á decir ni una sola palabra.

Abdel Zinka se estremeció de una manera poderosa.

Se dejó ver en sus ojos una expresión de muerte.

Lanzó un rugido sordo, se alzó terrible, cogió la antorcha, y partió por una estrecha escalera de caracol que se abría cerca de la puerta del retrete donde estaban los dos amantes.

CAPITULO XVIII.

En que se atreve un acontecimiento terrible.

Hubo un momento de silencio solemne.

El libertinaje de D. Pero Nuñez, que durante un momento se había creído feliz, con una esposa como doña Elvira, con una amiga como Giazul, había pasado, se había anulado, había desaparecido bajo la palabra inspirada del amor y de la virtud que habían hablado por la boca de Giazul de una manera encantadora, conmovedora, irresistible.

Entonces y sólo entonces comprendió D. Pero Nuñez de Lara la inmensidad de su desgracia.

Comprendió que para él no había más amor que el amor de Giazul; que en doña Elvira no había amado otra cosa que la resplandeciente